

han experimentado «en cabeza propia», al intentar «digerir» y asimilar el legado cultural germánico, desde Ortega y Gasset a Millán Puelles, por ejemplo. Quizá muchos de esos esfuerzos, consagrados a legados similares de otras culturas afines (la francesa, especialmente), hubieran resultado al menos igual de rentables y con menor consumo «logístico» por su mayor proximidad a nosotros.

El ensayo de Muga guarda una posición intermedia entre la investigación técnica y sistemática y la simple interpretación de algunos textos claves. No desconoce otros libros que se han aproximado al estudio del mismo objeto elegido por él, pero prefiere decididamente el análisis directo y personal de las fuentes jasperianas sobre el tema de Dios, utilizando preferentemente las contenidas en los tratados de Filosofía. Ha seguido así un doble método: el expositivo-sistemático y el crítico-doctrinal. Al lector que esté ya iniciado en el tema le resultará sumamente sugestiva la lectura del libro de Muga. Jaspers es un pensador estrechamente inserto en las «ideas dominantes» de nuestro día y a la vez poderosamente original en sus planteamientos. Es, a la vez, uno de los existencialistas más ponderados y menos «teatrales»: enfoca el tema de Dios desde la entraña de la «existencia», sin ateísmos baratos y paradójicos, pero también sin pseudoteologías bienintencionadas, sentimentaloides y predicadoriles. Temas correlacionados con la «existencia» y la «trascendencia» (Dios) son los de la libertad personal, de la fe filosófica, del «lenguaje cifrado», del destino y sentido de la Historia y otros también específicamente «jasperianos». Muga no deja de poner de relieve las limitaciones decisivas de la teología jasperiana, pero tampoco ignora la originalidad de muchas de sus perspectivas, la ejemplaridad de muchas de sus conclusiones y la soberana actualidad de todos sus planteamientos teológico-existenciales. Dios es cada vez menos un «Absoluto», un «Ser abstracto», una «Causa incausada», etcétera... Sin menoscabar el valor y el rigor lógico y ontológico de estos enfoques, hoy buscamos la aproximación a El a través de caminos y métodos más próximos, inmediatos, «comprometidos». En esta dimensión, las sugerencias jasperianas son positivas. Y más cuando estamos buscando todos una mayor aproximación entre todos los cristianos y vemos que es mucho más lo que nos une.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

MULLOR GARCÍA, Justo: *La nueva cristiandad. (Apuntes para una teología de nuestro tiempo)*. B. A. C., Madrid, 1966. XXVIII, más 327 págs.

Estamos, indudablemente, en una era de síntesis, de reestructuración y de reintegración. Los «crujidos» localizados que se producen dentro del cuerpo y en las estructuras sociales de la catolicidad (occidental) son más bien crisis de acomodación y de maduración. Prefiero, desde luego, estas épocas de equilibrio dinámico y plenario a esas fases de pionerismo, de descubrimientos especializados y monográficos y de «explotación» de una sola idea o de una sola verdad, porque esto último implica siempre el olvidarse de otras realidades tan decisivas o más que la recientemente «en-

contrada». Algo así es una «herejía»: atenerse exclusivamente a una verdad parcial y olvidarse de otras que le dan sentido, valor y realidad.

*La nueva cristiandad* es un libro sin desperdicio: mira más al cristianismo que tenemos que construir entre todos (jerarquías y laicos) que al heredado o que se nos haya podido dar prefabricado. El libro es, en esa perspectiva, una buena síntesis de teología fundamental de los problemas, estructuras y procesos de nuestros días: es fundamentalmente un esquema de teología social para hoy. A la densidad doctrinal y a la agilidad mental de su autor habrá que añadir los atractivos de un estilo y de una dicción no sólo diáfanos y fluidos, sino extraordinariamente sugestivos. Como principal lunar formal habrá que señalar ese prurito infantil del autor por citar (un poco a lo «Fray Gerundio») una y mil veces textos de monseñor Escrivá de Balaguer, al lado de otros evangélicos, patrísticos o conciliares: no me parece oportuno en obras destinadas al lector católico en general.

El valor testimonial y sistematizador del libro es extraordinario, y muchas de sus sugerencias básicas están indicadas en el prólogo, del doctor Morcillo. Los temas abordados se refieren a estos puntos: lo actual y lo cristiano, o el cristianismo como teología y filosofía de la historia y del tiempo; la nueva cristiandad postconciliar y sus proyecciones sociales; el diálogo y la fe a través del prisma de la libertad humana; teología y «mística» cristiana del trabajo; el cristianismo en cuanto empresa y tarea de paz.

Desde el punto de vista humano-social y humanístico, las aportaciones sustanciales del libro son muchas: A) Poner de relieve la «condición» esencialmente social, humanista, comprometida, encarnada e histórico-temporal del cristianismo en cuanto mensaje para el hombre: hasta las cosas tienen relieve y significación específica dentro de la cosmovisión católica. «Las cosas son como Dios quiere que sean o son abortos». B) Hacernos ver que las exigencias humanistas y sociales del cristianismo no son añadiduras extrínsecas de buena voluntad, sino que brotan de su misma esencia doctrinal (religioso-teológica y dogmática). El cristianismo es eso: decir al hombre que cuanto hace para con otros hombres es *como si* se lo hiciera a Dios mismo directamente. Las dimensiones verticales (ético-religiosas) y horizontales (socio-humanísticas) del cristianismo se interfieren e intercondicionan recíprocamente como verdaderas proyecciones complementarias de un mismo ser: lo que no quiere decir, sin embargo, que estén al mismo nivel formal, institucional y teleológico. C) Demostrar cómo han sufrido un nuevo planteamiento los problemas histórico-sociales de la catolicidad: tras el Concilio no se trata de saber ya cuáles son las relaciones existentes entre Iglesia y Estado, sino más bien de calibrar la presencia dinámica y la acción constante y múltiple de la Iglesia en el mundo actual, como auténtica levadura en la masa. D) Acción que ha vuelto a dirigirse primordialmente al *hombre interior* que todos llevamos dentro, para desde ahí informar y hacer fermentar al todo social, económico-político y técnico-cultural en que vivimos. El personalismo social y comunitario cristiano hay que hacerlo pasar de los códigos, declaraciones de derechos y principios programáticos de todas nuestras instituciones oficiales y oficiosas a la realidad palpitante y cotidiana de nuestra conducta

y funcionamiento social, en todas las dimensiones y estructuras de la modernidad y a tenor de todas las religaciones del hombre actual, cada vez más responsable y comprometido en el mundo que él crea, constituye, administra y reforma. E) Subrayar cómo el cristianismo, en cuanto mensaje social estricto (teología y filosofía de las relaciones interhumanas), es un término medio entre dos totalitarismos utópicos, impotentes y aparentemente prevalentes en la escena mundial de hoy: individualismo occidental insolidario; colectivismo oriental centrifugador de la persona. Por eso es por lo que el personalismo cristiano es esencialmente comunitario: «Sin prójimo y sin comunidad, el individuo se esteriliza y la sociedad se hace invertebrada». De ahí la importancia que el cristianismo ha dado desde sus mismos orígenes a las comunidades y asociaciones espontáneas: sinagogas, «iglesias» y «anteiglesias»; ágapes, consejos o concejos; familia y «gentes»; gremios, corporaciones y sindicatos... Es esta una dimensión del catolicismo que me parece particularmente sugestiva en el momento sociopolítico mundial actual y convendría desarrollar a fondo. F) Recordarnos cómo la vida de Cristo y de sus inmediatos colaboradores fue «trabajo», pero trabajo en cuanto dedicación personal plenaria a la propia tarea de cada hombre en cuanto cocreador con Dios y co-responsable del mundo y de sus hermanos los hombres. No un trabajo esclavizador y desesperado como en la tradición romano-germánica tradicional, sino ese trabajo de la tradición judeo-bíblica, que es a la vez bendición, ocupación, acción de gracias, producción y contemplación: «servicio apasionado a Dios y al hombre conjuntamente». En nuestra civilización laboral y sindicalista esto es decisivo.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

NIEBHUR, R.: *Ideas políticas*. Instituto de Estudios Europeos. Barcelona, 1965. 410 págs.

Si se quiere saber cómo piensa un hombre norteamericano, cristiano y democrático, el libro de Niebhur puede proporcionarle ampliamente una respuesta. En él se refleja con claridad la ideología que flota en ciertos ambientes norteamericanos: el pesimismo a la vista de los acontecimientos políticos contemporáneos, su fe inquebrantable en una democracia que debe ser fundada en la ética del amor cristiano, su preocupación por la enorme responsabilidad moral que le ha correspondido a la nación norteamericana en el destino de la civilización occidental. Correspondiendo a cada uno de estos problemas, se divide su obra en tres partes: la crisis, el carácter de la política y la política contemporánea.

Se ha producido la crisis por el abandono de la *fe cristiana* y su relleno por otros tipos de creencias que nunca podrán comparársele. Tipifica tres de estas creencias: las *creencias liberales*, que consideran a la sociedad evolucionando hacia una comunidad universal y hacia una armonía sin fricciones de toda vida social; las *creencias marxistas*, que creen en idéntica consecución, pero con una idea más explosiva que evolutiva de los métodos a emplear para lograrlo, y la *creencia fascista*, que se distin-